

to del deber, sino la voluntad enérgica y la práctica del deber claramente conocido.

Buscar la justicia, amarla, practicarla en sus obras y, lo que es el todo, hacer que crezca y se desarrolle en sí hasta el último momento, en medio de sacrificios y de luchas, de dolores y de purificaciones morales, en las eternas alternativas de caídas y de elevaciones, esto es lo que produce un hombre completo. Con lágrimas sembramos esta magnífica semilla; con sudores y con sufrimientos la hacemos crecer; mas cuando haya llegado á la madurez, con el gozo más grande recogeremos sus frutos que serán mies de paz.

APÉNDICE

LA VERDADERA LEY MORAL Y LA VERDADERA MORALIDAD SE HALLAN SÓLO EN JESUCRISTO

«Al ver los escasos progresos que ha hecho en el terreno natural la humanidad, dice Locke, debería decirse que es empresa superior á las fuerzas de la razón, cuando no recibe auxilio extraño, constituir un sistema completo de moral sobre verdaderos principios y de manera clara y convincente. Es, á lo menos cierto, que por lo que hace á las gentes sencillas y á la mayor parte de los hombres, ⁽¹⁾ sería más seguro y más breve que viniera á ellos en calidad de rey y legislador una persona enviada por Dios que tuviera pruebas sensibles de la verdad de su misión, para darles á conocer sus deberes y para recomendarles su cumplimiento. Dice claro la experiencia que ha hecho pocos progresos en el mundo el conocimiento de la moral, sostenido nada más que por las luces de la razón natural. No es difícil encontrar la causa en las diversas necesidades de los hombres, en sus pasiones, en sus vicios y en los falsos intereses que llevan su espíritu al extremo opuesto».

En la antigüedad no podía encontrarse tal ley, porque la religión de los paganos, nada tenía que ver con la moral. No poseía la verdad, y faltaba á su moral una autoridad que le diera fuerza de ley; en otros términos; no tenía á Dios por legislador.

Pero después de Jesucristo, tenemos, para regular nuestra conducta, una ley segura en perfecta armonía con la razón. Evidentemente, le da verdad y fuerza obligatoria la misión divina de su Autor. Los más sublimes genios no

(1) Cfr., Sto. Tomás, 2, 2, q. 2, a. 4.